

percepcion de la realidad clara y distinta.

Como Grantaire estaba retirado en un rincón y casi le tapaba la mesa de billar, los soldados no separaban la vista de Enjolras, y ya el sargento se preparaba á repetir la orden de apunten, cuando oyó de repente que aquel gritaba con voz sonora:

—Viva la República! Aquí estoy yo.

Grantaire se había puesto en pié.

El inmenso resplandor del combate, á que él no había asistido, apareció en la brillante mirada del borracho transfigurado. Repitiendo ¡Viva la República! atravesó la sala con paso firme y se colocó delante de los fusiles, en pié y al lado de Enjolras.

—Matadnos á los dos juntos, dijo.

Volviéndose luego á Enjolras, añadió con tierno acento:

—Me lo permites?

Enjolras le estrechó la mano sonriéndose, y antes de terminar la sonrisa sonó una detonación.

Enjolras, atravesado por ocho tiros, se quedó arrimado contra la pared, como si las balas le hubiesen clavado allí. No hizo más que inclinar la cabeza. Grantaire cayó á sus piés como herido por un rayo.

Poco despues los soldados desalojaban á los últimos insurrectos, que se refugiaron en lo alto de la casa. Tiraban dentro del desvan, desde las vigas cruzadas. Peleaban en la misma armazón del tejado. Se arrojaban cuerpos por las ventanas, algunos todavía vivos. Dos cazadores que intentaron poner el pié en el ómnibus hecho pedazos fueron víctimas de dos tiros de carabina que les dispararon desde la buhardilla. Un hombre de blusa que precipitaron desde aquella altura con el vientre atravesado por un bayonetazo, se revolcaba en el suelo con el estertor de la agonía. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por el declive del tejado, sin querer desasirse, y caían fuerte y ferozmente abrazados. Despues de tan horrible lucha tomaron completamente la barricada.

Los soldados empezaron á registrar las casas vecinas y á perseguir á los fugitivos.

XXIV.

Prisionero.

Mario cayó prisionero, efectivamente, pero prisionero de Juan Valjean.

La mano que le cogió por detrás en el momento en que cayó y en que perdió el conocimiento fué la mano del señor Blanco.

Juan Valjean no hizo en el combate más que exponer la vida; fué el único que pensó en los heridos en aquella fase suprema de la agonía; fué como una Providencia en todas partes; durante la matanza, levantaba á los que caían, los trasladaba á la sala baja y los curaba. En los intervalos reparaba la barricada. Pero su mano no dió ni un golpe ni un ataque. Callaba y socorria. Apenas tenía algunos rasguños. Las balas le habían respetado. Si el suicidio entró en algo en su propósito al dirigirse á aquella tumba, el éxito no le había favorecido, pero dudamos que hubiese abrigado el pensamiento irreligioso del suicidio.

Juan Valjean, en medio de la densa niebla del combate, aparentaba no ver á Mario, pero no lo perdía de vista. Cuando el último balazo le echó al suelo sin conocimiento, Juan Valjean saltó con la agilidad del tigre, se arrojó sobre él como sobre una presa y se lo llevó.

El torbellino del ataque estaba en aquel instante tan violentamente concentrado en Enjolras y en la puerta de la taberna, que nadie vió á Juan Valjean sostener en sus brazos á Mario desvanecido, atravesar el suelo desempedrado de la barricada y desaparecer detrás del ángulo de la casa de Corinto.

El lector recordará este ángulo, que formaba una especie de cabo de calle y protegía contra las balas y la metralla algunos piés cuadrados de terreno. Hay á veces en los incendios una habitación que no arde y en los mares más alborotados, detrás de un promontorio ó al final de una série de escollos, un rincón tranquilo. En esa especie de repliegue del trapecio interior de la barricada había agonizado Eponina. Allí se detuvo Juan Valjean; dejó en el suelo á Mario, se respaldó contra la pared y miró á su alrededor.

Su situación era desesperada.

Por un momento, quizá durante cuatro ó cinco minutos, pudiera servirle de abrigo aquel lienzo de pared; pero, ¿cómo poder salir de allí y librarse de la matanza? Se acordaba con angustia de los riesgos que corrió ocho años atrás en la calle de Polonceau y cómo consiguió librarse de ellos; pero si entonces fué difícil, ahora le parecía imposible. Tenía delante la casa sorda é implacable de

seis pisos, que solo parecía habitarla el hombre muerto del ventanillo; tenía á la derecha la barricada bastante baja que cerraba la Petite-Truanderie; y aunque no ofrecía gran dificultad salvar este obstáculo, veía por encima del parapeto una fila de puntas de bayonetas; las de la tropa de línea, que estaba situada en acecho al otro lado de la barricada. Atravesar el parapeto equivalía á ir á buscar una descarga cerrada, porque el hombre que se atreviera á aparecer en lo alto de la pared de adoquines, serviría de blanco á sesenta tiros de fusil. A la izquierda estaba el campo de combate. Salir por allí era ir á la muerte.

Juan Valjean no sabía qué hacer. Era preciso, sin embargo, tomar un partido, hallar un recurso, adoptar una resolución. A pocos pasos de allí estaban peleando; los combatientes se encarnizaban en un punto único, en la puerta de la taberna; pero si le ocurría á un soldado dar la vuelta á la casa ó atacarla por el flanco, todo habría concluido.

Juan Valjean miró la casa de enfrente, luego la barricada de la derecha y despues el suelo, con la violencia de la angustia suprema, desesperado y como si hubiese querido abrir en él un agujero con los ojos. A fuerza de mirar, bosquejóse y llegó á tener forma ante él una cosa vagamente perceptible, como si la vista tuviera poder para hacer brotar el objeto que deseaba. Vió á pocos pasos, al pié del parapeto, que con rigor vigilaban por la parte de fuera, bajo un hundimiento de adoquines y medio oculta, una reja de hierro colocada de plano y al nivel del piso; esta reja, compuesta de barrotes transversales, tenía unos dos piés cuadrados. Habían arrancado el marco de adoquines que la sostenía y estaba como desencajada. Al través de los barrotes se entreveía una abertura oscura, parecida al cañón de una chimenea ó al brocal de una cisterna. Abalanzóse á ella Juan Valjean. Su antigua ciencia de las evasiones le iluminó el cerebro con repentina claridad. Apartó los adoquines, levantó la reja, se cargó á cuestras á Mario, inerte como cuerpo muerto; bajó con esta carga, sirviéndose de los codos y de las rodillas, aquella especie de pozo, felizmente poco profundo; volvió á dejar caer la pesada trampa de hierro y asentó el pié en una superficie embaldosada, con la nerviosidad del delirio, con la fuerza de un gigante y con la rapidez de una águila. En todo esto empleó solo unos cuantos minutos.

Encontróse Juan Valjean con Mario, que seguía desmayado, en una especie de corredor largo y subterráneo. Reinaba en él paz profunda, oscuridad completa, silencio absoluto. Entonces recordó la impresión que había experimentado en otro tiempo, cuando desde la calle cayó dentro del convento. Pero no llevaba consigo á Cosette entonces, sino á Mario.

Oía confusamente encima de él vago murmullo; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

LIBRO SEGUNDO.

El intestino del Leviatán.

I.

La tierra empobrecida por el mar.

Paris arroja anualmente veinticinco millones al agua. No hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Día y noche. Con qué objeto? Con ninguno. Con qué idea? Sin pensar en ello. Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. Cuál es su intestino? La alcantarilla.

Veinticinco millones: tal es el más moderado de los guarismos aproximativos que dan los cálculos de la ciencia especial.

La ciencia, despues de andar á tientas durante mucho tiempo, sabe ya que el más fecundo y eficaz de los abonos es el humano. Los chinos, y lo decimos para nuestra vergüenza, lo sabían antes que nosotros. Ningun labrador chino (así lo dice Echeberg) vuelve de la ciudad sin llevar en los dos extremos de su bambú dos cubos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias. Merced al abono humano, la tierra está aun en la China tan jóven como en los tiempos de Abraham. El trigo chino dá hasta ciento veintiocho granos por uno. No hay guano comparable en fertilidad al detritus de una capital. Una gran ciudad es el mejor de los estercoleros. Emplear la ciudad en abonar la llanura sería asegurar un éxito infalible. Si nuestro oro es estiércol, en cambio nuestro estiércol es oro.

Qué se hace del estiércol? Se le arroja al abismo.

Se envían á fuerza de gastos convoyes de buques para recoger en el polo austral el excremento de los petrelos y de los pingüinos, y se tira al mar el incalculable elemento de opulencia que tan cerca tenemos. Si todo el abono humano y animal que el mundo pierde se devolviese á la tierra en vez de echarlo al mar, bastaría para alimentar al mundo.

Los montones de inmundicias de las esquinas y guardacantones, los carros de basura que se zangolotean por la noche en las calles, los horribles toneles del muladar, los fétidos arroyos de fango que el empedrado oculta, ¿sabéis todo eso lo que es y lo que significa? Es la pradera florida, la yerba verde, el serpol, el tomillo y la salvia; es la caza, el ganado, el mugido de satisfacción de los bueyes; es heno oloroso, trigo dorado, pan en vuestra mesa, sangre caliente en vuestras venas; es salud, alegría y vida.

Así lo quiere esa creación misteriosa, que es la transformación en la tierra y la transfiguración en el cielo. Devolved todo eso al crisol y de él saldrá vuestra abundancia. La nutrición de las llanuras forma el alimento de los hombres.

Dueños sois de perder esta riqueza y de juzgarme ridículo además. Esta será la obra maestra de vuestra ignorancia.

La estadística ha calculado que la Francia vierte sola todos los años en el Atlántico, por la boca de sus ríos, quinientos millones. Con estos quinientos millones se cubriría la cuarta parte del presupuesto. Sin embargo, es tal la habilidad del hombre, que prefiere desprenderse de ellos y regalárselos al arroyo. La sustancia misma del pueblo, aquí gota á gota, allá á oleadas, se la lleva tras sí el miserable vómito de nuestras alcantarillas en los ríos y el gigantesco desagüe de nuestros ríos en el mar. Cada hipo de nuestras cloacas nos cuesta mil francos. Se consiguen estos dos resultados: la tierra queda empobrecida y el agua apestada. El hambre sale del surco y la enfermedad del río. Sabido es que el Támesis envenena á Londres.

En cuanto á París, ha sido preciso hacer en estos últimos tiempos que la mayor parte de las alcantarillas desembocan río abajo por el último puente.

Un doble aparato tubular, provisto de válvulas y esclusas, aspirante y expelente, un sistema de drenaje elemental, sencillo como el pulmón del hombre y

que funciona ya en varios pueblos de Inglaterra, bastaría para traer á nuestras ciudades el agua pura de los campos y para llevar á nuestros campos el agua rica de las ciudades, y de este modo aprovecharíamos los quinientos millones que se tiran.

El procedimiento actual perjudica queriendo beneficiar. La intención es buena, pero el resultado es malo. Se cree purificar á la ciudad haciendo enfermar á sus habitantes. Una alcantarilla es una equivocación. Cuando en todas partes el drenaje, restituyendo lo que toma, reemplaza á la alcantarilla y se combine esto con los datos de una nueva economía social, el producto de la tierra será décuplo y el problema de la miseria se atenuará considerablemente; añadiendo á esto la supresión de los parasitismos, el problema quedará resuelto.

Entre tanto la riqueza pública se marcha al río y la merma sigue. La Europa se arruina por consunción.

Hemos dicho lo que pierde Francia. Ahora bien, conteniendo París la vigésima parte de la población francesa, y siendo el guarismo de París el más rico de todos, no se llega todavía al guarismo verdadero evaluando en veinticinco millones la parte que corresponde á la capital de los quinientos que Francia desecha anualmente. Estos veinticinco millones, empleados en socorros y en goces, doblarían el esplendor de París: la ciudad los consume en cloacas. Por lo que puede decirse que la prodigalidad de París, sus locuras, sus orgías, su fausto, su lujo y su magnificencia son sus alcantarillas.

De este modo la ceguedad de una mala economía política anega, arrastra por la corriente y pierde en los abismos del Océano el bienestar de todos. Conventría que hubiese redes de Saint-Cloud para la riqueza pública.

Económicamente este hecho puede reasumirse así: París es una canasta agujereada.

París, la ciudad modelo, el patrón de las capitales bien construidas, metrópoli de lo ideal, augusta patria de la iniciativa, del impulso y del ensayo, centro y mansión de las inteligencias, ciudad, nación, colmena del porvenir, admirable mezcla de Babilonia y de Corinto, bajo el punto de vista que la acabamos de considerar hace sonreír de lástima á un labrador chino.

Imitad á París y os arruinareis.

Debemos decir, sin embargo, que en

ese despilfarro inmemorial é insensato el mismo París imita. Esas sorprendentes ineptias no son nuevas; la necedad en el presente caso viene de muy atrás. Los antiguos obraban como los modernos. "Las cloacas de Roma, dice Liebig, absorbieron todo el bienestar del labrador romano." Cuando la alcantarilla romana arruinó la campiña de Roma, ésta agotó los recursos de toda la Italia, y después de vaciar la Italia en su cloaca hizo lo mismo con Sicilia, Cerdeña y Africa. La alcantarilla de Roma se ha tragado al mundo. Su cloaca ofrecía sus tragaderas á la ciudad y al universo. *Urbis et orbi*. Ciudad eterna, albañal insondable.

En estas como en otras cosas, Roma dió el ejemplo á los habitantes del globo, y París lo sigue con la tontería propia de las ciudades de talento.

Para las necesidades de que hemos hablado, París tiene debajo de sí otro París. Un París de alcantarillas, con sus calles, encrucijadas, plazas, callejuelas sin salida, con sus arterias y su circulación, que es de fango, y solo le falta la forma humana.

No debe adularse á nadie, ni siquiera á un gran pueblo. Donde hay de todo se encuentra la ignominia junto á la sublimidad, y si París contiene á Atenas, la ciudad de las luces; á Tiro, la ciudad potente; á Esparta, la ciudad virtuosa; á Nínive, la ciudad de los prodigios, también contiene á Lutecia, la ciudad del cieno.

Por otra parte, el sello de su poder está también allí impreso; la titánica sentina de París vé realizado ese ideal extraño en la humanidad por algunos hombres, como Maquiavelo, Bacon y Mirabeau: lo grandioso abyecto.

El suelo subterráneo de París, si la vista pudiera penetrar por su superficie, ofrecería el aspecto de una mariposa colosal. La esponja no tiene más boquetes y pasillos que el pedazo de tierra de seis leguas de circuito donde descansa la antigua ciudad.

Sin hablar de las catacumbas, que son una bóveda aparte; sin hablar del confuso enverjado de las cañerías del gas, sin contar el vasto sistema de tubos que distribuyen el agua de las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman en las dos orillas del Sena prodigiosa y tenebrosa red; laberinto cuyo hilo es su misma pendiente.

Allí se descubre en la húmeda niebla

el ratón, que parece que sea el producto del parto de París.

II.

Historia antigua del alcantarillado.

Si imaginamos á París levantado como una tapadera, la red subterránea de alcantarilla, contemplada á vista de pájaro, bosquejará en las dos orillas una especie de tallo grueso ingerto en el río. En la orilla derecha el albañal del centro será el tronco de este tallo, los conductos secundarios las ramas y los callejones sin salida las ramitas.

Esta figura abreviada no es completamente exacta, pues el ángulo recto, que es el ángulo habitual de esta clase de ramificaciones subterráneas, se encuentra rara vez en la vegetación.

Nos formaremos idea más aproximada de este extraño plano geométrico imaginándonos ver en el suelo, sobre un fondo de tinieblas, caprichoso alfabeto oriental desordenado, cuyas letras deformes estuvieran soldadas unas con otras, como á la ventura, ya por sus ángulos, ya por sus extremidades.

Las sentinas y los albañales representaban un gran papel en la Edad Media, en el bajo Imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacía en ellos y los déspotas iban allí á morir. La muchedumbre miraba casi con religioso temor esos lechos de podredumbre, cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Bazarés no era menos vertiginoso que el foso de los Leones de Babilonia. Teglat-Falasar, según los libros rabinicos, juraba por la sentina de Nínive. Del albañal de Munster hacia salir Juan de Leiden su falsa luna y del pozo-cloaca de Keklicheb su menecmo oriental. Mokanna, el profeta encubierto del Korasan, hacia salir su falso sol.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas. Las gemonías eran las crónicas de Roma. El albañal de París era una antigualla formidable; tan pronto servía de asilo como de sepulcro. El crimen, la protesta social, la inteligencia, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen ó han perseguido, se ha escondido en esos agujeros; los apaleadores en el siglo catorce, los capeadores en el quince, los hugonotes en el diez y seis, los iluminados de Morin en el diez y siete, los abrasadores en el diez y ocho. Hace cien años, de allí

salía la puñalada nocturna y allí se deslizaba el ratero para salvarse del peligro. El bosque tenía sus cavernas y París su alcantarillado. El truhán aceptaba la alcantarilla como sucursal de la Corte de los Milagros, y por la noche entraba en el vomitorio de Maubée como en una alcoba.

Era natural que los que tenían por lugar de su faena cotidiana el callejon sin salida de Vide Gousset, ó la calle de Courpe Gorge, tuviesen por domicilio nocturno el puentecillo del Camino Verde ó la huronera de Hurepoix. De aquí arrancan multitud de recuerdos. Fantasmas de todas clases frecuentan esos corredores largos y solitarios; en todas sus partes hay podredumbre y miasmas, y acá y allá un respiradero, en el que Villon, desde dentro, habla con Rabelais, que está situado fuera.

La alcantarilla, en el antiguo París, es el punto de reunion de todos los anquilamientos y de todos los ensayos. La economía política vé en él un detritus y la filosofía social un residuo.

El albañal es la conciencia de la poblacion. Todo se dirige á él y allí se confronta. En ese lugar lívido hay oscuridad, pero no secretos. Cada cosa tiene allí su forma verdadera ó por lo menos su forma definitiva. El monton de inmundicias puede alegar en su favor que no es mentiroso. La ingenuidad se ha refugiado allí. Todas las porquerías de la civilizacion, cuando ya no sirven, caen en ese foso, adonde vá á parar el inmenso derrame social. Se sumergen en él, pero se ponen al mismo tiempo de manifiesto. Allí no hay ya falsas apariencias; no hay afeites, ni disfraz posible; la basura se quita la camisa y se queda en desnudez absoluta. Allí una botella rota confiesa los excesos de la embriaguez; el asa de una cesta refiere los lances del servicio doméstico; el salivazo de Caifás se encuentra con el vómito de Falstaff; el Luis de oro que sale del garito, choca con el clavo de donde cuelga el extremo de la cuerda del suicidio; el feto lívido rueda envuelto con las lentejuelas que bailaron el último martes de Carnaval en el teatro de la Opera; la toga que ha juzgado á los hombres se mezcla con el harapo de lo que fué basquiña de mujer galante; allí todo fraterniza. La alcantarilla es cínica; lo dice todo.

La sinceridad de la inmundicia place por lo que alivia al alma. Cuando se ha vivido teniendo que soportar el espectá-

culo de la importancia que se arrogan en el mundo la razon de Estado, el juramento, la sabiduría política, la justicia humana, la probidad profesional y las togas incorruptibles, consuela entrar en una alcantarilla y ver el fango á que se ha reducido todo eso.

Además enseña, porque la historia pasa por las alcantarillas. Matanzas como la de la noche de San Bartolomé se filtran gota á gota por entre los adoquines. Los asesinatos públicos, las carnicerías políticas y religiosas, atraviesan ese subterráneo de la civilizacion y arrojan en él sus cadáveres.

Para el pensador, todos los asesinos políticos están allí, en la horrible penumbra, de rodillas, con un pedazo de sudario por delantal, lavando lúgubramente la mancha de sus crímenes.

Luis XI está allí en compañía de Tristán. Francisco I y Duprat, Carlos IX y su madre, Richelieu y Luis XIII, Luvois, Letellier, Hebert, Maillard, están allí arañando las piedras para ver si consiguen borrar la huella de sus acciones. Bajo las bóvedas se oye la escoba de sus espectros. Se respira en ellas la enorme fetidez de las catástrofes sociales. Se ven allí reflejos rojizos, corre allí el agua terrible en la que se han lavado manos sangrientas.

El observador social debe penetrar en esos parajes sombríos que forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento. Todo quiere huir de ella, pero nada se escapa á su exámen. Inútil es tergiversar. ¿Qué lado es el que se pone al público cuando se tergiversa? El de la vergüenza. La filosofía persigue con su leal mirada al mal y no permite que se desvanezca. En el eclipse de las cosas que desaparecen, en el empequeñecimiento de las cosas que se extinguen, lo reconoce todo. Por el giron adivina la púrpura y por el harapo la mujer. Con su cloaca reconstruye la ciudad y con el cieno las costumbres. Del tiesto deduce el ánfora ó el cántaro. Conoce, por la marca de una uña en el pergamino, la diferencia que hay entre la judería de la Judengasse y la judería del Guetto.

En lo que resta de los objetos conoce lo que han sido; el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, la mancha de sangre del palacio, el borron de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones logradas, las orgías vomitadas, y en la túnica de los

cargadores de Roma conoce la señal de los cazadores de Mesalina.

III.

Bruneseau.

El albañal de París era en la Edad Media asunto de leyendas. En el siglo diez y seis, Enrique II intentó un reconocimiento que salió mal. No hace cien años, segun testifica Mercier, la cloaca quedó abandonada á sí misma. El antiguo París estaba entregado á las disputas, á las indecisiones y á los ensayos. Fué torpe durante mucho tiempo. Despues vino 1789 á manifestar cómo las ciudades recobran el talento.

Antiguamente la capital tenia poco entendimiento; no sabia desempeñar sus negocios, ni moral ni materialmente, é ignoraba cómo habia de barrer las inmundicias, así como ignoraba cómo habia de estirpar los abusos. En todas partes encontraba un obstáculo; de cualquier cosa le surgia una cuestion. Por ejemplo, la alcantarilla era refractaria á todo itinerario. No se orientaba mejor en el muladar que se entendia en la ciudad; por encima veia lo ininteligible, por bajo lo intrincado; confusion de lenguas arriba, confusion en los subterráneos. Babel sobre Dédalo.

A veces le ocurría al albañal de París desbordarse como si ese desconocido Nilo montase de repente en cólera. Habia inundaciones de albañal. Habia momentos en que este estómago de la civilizacion digería mal; la cloaca reflua al gáznate de la ciudad y París tenia el resabor de su fango. Estas semejanzas de la alcantarilla con el remordimiento servian como otros tantos avisos; pero se reñian mal, porque la ciudad se indignaba de que el cieno fuese tan audaz, y no se avenia con aquel gustillo á basura.

La inundacion de 1802 es uno de los actuales recuerdos de los parisienses octogenarios. El fango se derramó por la plaza de las Victorias, entró en la calle de San Honorato por las dos esclusas de los Campos Elíseos, en la calle de San Florentino por el albañal del mismo nombre, en la calle de Pierre-á-Poisson por el de la Sonnerie, en la calle de Popincourt por el del Chemin-Vert, en la calle de la Roquette por el de la calle del Lappe; cubrió las losas de la calle de los Campos Elíseos hasta la altura de treinta y cinco centímetros, y al medio

dia, funcionando por el vomitorio del Sena en sentido inverso, penetró en la calle de Mazarino, en la de Echandé, en la de Marais, donde se detuvo á una distancia de ciento nueve metros. Llegó al máximum de profundidad en la calle de San Pedro, donde se elevó tres piés por encima de las baldosas de la esclusa, y al máximum de extension en la calle de Sabino, donde ocupó una longitud de doscientos treinta y ocho metros.

Al principio del siglo actual, la alcantarilla de París era todavía un sitio misterioso. El cieno no puede nunca gozar de buena reputacion, pero entonces su mala fama llegaba hasta infundir pavor. Hablábese de él como del charco monstruoso de Tebas, en el que pululaban escolopendras de quince piés de largo y que hubieran podido servir de baño á Behemoth. Las grandes botas de los poceros no se aventuraban nunca más allá de ciertos puntos conocidos. Estaba aun muy próximo el tiempo en que los carros de la basura se vaciaban sencillamente en la alcantarilla. En cuanto á la limpieza, confiaban este cuidado á los chaparrones, que en vez de barrer acumulaban más basura. Roma, á lo menos, dejaba alguna poesia á su cloaca, llamándola Gemonia; pero París insultaba á la suya llamándola agujero hediondo. La ciencia y la supersticion marchaban esta vez de acuerdo. El agujero hediondo no repugnaba menos á la higiene que á la leyenda. El monje regañon apareció bajo el arco fétido de la alcantarilla de Monffetard; los cadáveres de los Marmousets se arrojaron en el albañal de la Barrillerie; Jagon atribuyó la terrible fiebre maligna de 1685 á la gran hendidura de la alcantarilla del Marais, que permaneció descubierta hasta 1833 en la calle de San Luis.

La boca del albañal de la calle de la Mortellerie era célebre por las pestes que de allí salían. La imaginacion popular realizaba el sombrío vertedero parisiense con horrible mezcla de infinito. El albañal carecia de fondo. Era como un Báratro. La idea de explorar esas regiones leprosas ni siquiera le ocurrió á la policia. ¿Quién habia de atreverse con aquel desconocido? ¿Quién osaría echar la sonda en aquellas tinieblas ó emprender un viaje de exploracion en tan espantoso abismo? Hubo, sin embargo, quien lo intentó. La cloaca tuvo su Cristóbal Colon.

Un dia, en 1805, en una de las raras

apariciones que el emperador hacia en Paris, recibió en audiencia matinal á su ministro del Interior. Se oía en el Carroussel el ruido de los sables de los soldados extraordinarios de la gran República y del gran Imperio; se agolpaban los héroes en las antesalas de Napoleón; se encontraban allí hombres del Rhin, del Escalda, del Adije y del Nilo; compañeros de Joubert, de Desaix, de Marceau, de Floche, de Kléber; areóstatas de Fleurix, granaderos de Maguncia y pontoneros de Génova: húsares á quienes habian visto las pirámides, artilleros á quienes habian salpicado las balas de Junot, coraceros de los que tomaron por asalto la escuadra fondeada en el Luyderzéc; unos habian seguido á Bonaparte por el puente de Lodi, otros habian acompañado á Murat en la trinchera de Mántua, otros se habian adelantado á Launes en el barranco de Montebello.

Todo el ejército de la época se encontraba allí, en el patio de las Tullerías, representado por compañías ó por pelotones y custodiando el reposo de Napoleón.

—Señor, dijo el ministro del Interior, ví ayer al hombre más intrépido de vuestro imperio.

—Quién es ese hombre? preguntó bruscamente el emperador, ¿y qué es lo que ha hecho?

—Quiere hacer una cosa, señor.

—Qué cosa?

—Visitar las alcantarillas de Paris.

El hombre aludido se llamaba Bruneseau.

IV.

Pormenores ignorados.

La visita se verificó, la visita fué una formidable campaña, una batalla nocturna contra la peste y la asfixia, al mismo tiempo que un viaje de exploración. Un obrero inteligente que asistió á la visita, que era muy jóven entonces, referia aun hace pocos años curiosísimos detalles que Bruneseau creyó oportuno omitir en el informe que dió al prefecto de policía, como indignos del estilo administrativo.

Los procedimientos desinfectantes eran todavía en aquella época muy rudimentarios. Apenas Bruneseau pasó de las primeras articulaciones de la red subterránea, de los veinte trabajadores, ocho se negaron á seguir más adelante.

La operacion era complicada: la visita entrañaba la limpieza; era preciso, pues, limpiar y medir al mismo tiempo. Habia que anotar los desagües, contar las rejillas y las bocas, ir señalando los empalmes, indicar las corrientes en los sitios de division, reconocer las circunscripciones respectivas de los varios depósitos; sondear los pequeños albañales, medir la altura y anchura de cada pasillo, tanto en el arranque de las bóvedas como á flor de las losas; determinar, en fin, las ordenadas de nivelacion de cada desagüe, ya en el solado de la alcantarilla, ya en el suelo de la calle.

Adelantaban penosamente, y más de una vez las escalas de descenso se sumergieron en una vara de fango. Los miasmas extinguian la luz de las linternas.

De vez en cuando habia que sacar algun pocero desmayado.

Tropezaban en algunos parajes con un precipicio, y era que el suelo se habia hundido y que el embaldosado habia venido abajo, transformándose el albañal en pozo sin fondo.

No se encontraba el punto sólido; un hombre desapareció bruscamente y costó mucho trabajo volverle á sacar. Por consejo de Gourcoray se encendian de trecho en trecho, en los lugares suficientemente saneados, grandes cubos llenos de estopa empapada de resina. La pared de vez en cuando la encontraban llena de excrecencias disformes que pudieran llamarse tumores, porque hasta las piedras parecian enfermas en aquel sitio sin ventilacion.

Bruneseau procedió á la exploracion de arriba á bajo. En el punto divisorio de las dos cañerías del Gran-Hurleur consiguió leer en una piedra saliente esta fecha: 1550; era el límite en donde se detuvo Filiberto Delorme, encargado por Enrique II de visitar el muladar subterráneo de Paris. Aquella piedra señalaba el siglo diez y seis en la alcantarilla. Bruneseau descubrió la mano de obra del siglo diez y siete en el conducto del Ponceau y en el de la calle Vieja del Temple, cuyas bóvedas se construyeron entre 1600 y 1650, y la mano de obra del siglo diez y ocho en la seccion Oeste del canal colector, encajonada y abovedada en 1740. Estas dos bóvedas, sobre todo la menos antigua, la de 1740, estaba más rajada y decrepita que la mampostería del albañal del centro, construido en 1412, época en la que el arroyo de agua viva de Menilmontant

fué elevado á la dignidad de alcantarilla principal de Paris.

Creyéose reconocer aquí y allá, sobre todo debajo del palacio de Justicia, alvéolos de antiguos calabozos practicados en la misma alcantarilla: horribles *in pace*. Una argolla de hierro colgaba todavía de uno de esos alvéolos, que los cerraron todos con paredes. Hallaron cosas rarísimas; por ejemplo: el esqueleto de un orangutan, que desapareció del Jardin Botánico en 1800, desaparicion probablemente relacionada con la famosa aparicion del diablo en la calle de los Bernardos el último año del siglo diez y ocho. El pobre diablo concluyó ahogándose en la alcantarilla.

Debajo del pasillo cimbrado que conduce á Arche-Marion se encontró una canasta de traperos, tan bien conservada, que dejó admirados á los inteligentes. Por todas partes el cieno, que los poceros manejaban con intrepidez, abundaba en objetos preciosos, en alhajas de oro y plata, en pedrería y en moneda. Un gigante que hubiera hecho pasar por un tamiz aquella cloaca, hubiera acumulado la riqueza de los siglos. En el punto divisorio de los dos empalmes de la calle del Temple y de la de Saint-Aboye se recogió una medalla hugonota de cobre, que tenia en una cara un cerdo con birrete de cardenal y en la otra un lobo con tiara en la cabeza.

Pero el hallazgo más sorprendente se encontró en la entrada de la alcantarilla principal. Una reja cerraba en otro tiempo esta entrada, de cuya reja solo quedaban los goznes; de uno de ellos pendia una especie de harapo informe y sucio que quizá se detuvo allí al caer; flotaba en la oscuridad y acababa de hacerse trizas. Bruneseau acercó la linterna y lo examinó. Era de finísima batista y se distinguia en una de sus puntas, que estaba menos gastada que las demás, el resto de una corona heráldica, con estas siete letras encima: LAUBESP. La corona era de marqués y las siete letras significaban: *Laubespine*. Reconoció que tenia á la vista un pedazo de la mortaja de Marat. Marat en su juventud tuvo aventuras amorosas, sobre todo mientras formaba parte de la casa del conde de Artois, de la que fué veterinario. De sus amores con una dama principal, históricamente comprobados, le quedó aquella sábana como residuo ó como recuerdo: cuando le mataron, como no habia otra tela fina en su casa, le amortajaron con ella. Unas viejas amortajaron al trágico

Amigo del pueblo con la sábana que fué un dia teatro de sus voluptuosidades.

Bruneseau pasó más adelante. Dejó el harapo donde estaba, sin tocarle siquiera. No sabemos si fué por respeto ó por desprecio; Marat merecia ambas cosas.

La visita total del muladar subterráneo de Paris duró siete años, desde 1805 hasta 1812. Durante ese tiempo, Bruneseau proyectaba, dirigia y terminaba trabajos considerables: en 1808 bajó el zampeado del Ponceau, y, creando líneas nuevas en todas partes, en 1809 hizo avanzar las alcantarillas por debajo de la calle de San Dionisio hasta la fuente de los Inocentes; en 1810 por la calle de Froidmanteau y por la Salpetriere; en 1811 por la calle nueva de los Pequeños Padres, pasando por otras varias hasta la plaza Real, y en 1812 por debajo de la calle de la Paz, hasta la calzada de Antin. Al mismo tiempo hacia desinfectar y sanear toda la red.

La antigua sociedad limpió á principios de este siglo su fondo interior, visitando de gala sus alcantarillas.

V.

Progreso actual.

Hoy dia las alcantarillas están limpias, tienen líneas rectas y su estilo es correcto. Casi realizan el ideal de lo que en Inglaterra significa la palabra respetable. Se vé en ellas casi claro. El fango se porta con decencia.

A primera vista puede confundírselas con aquellos corredores subterráneos tan comunes antiguamente y que tan útiles fueron para las fugas de los monarcas y de los príncipes, en los felices tiempos "en los que el pueblo amaba á sus reyes". El albañal presente es un hermoso alcantarillado; reina en él el estilo más puro: el alejandrino clásico rectilíneo, que, expulsado de la poesía, parece que se haya refugiado en la arquitectura, se diria que ha querido mezclarse en todas las piedras de esa bóveda larga, tenebrosa y blanquizca; cada desagüe es una arcada; la construccion de la calle de Rívoli es artística hasta en su cloaca. Por lo demás, en ninguna parte está más en su sitio la línea geométrica que en la zanja que recibe el estiércol de una gran ciudad. En ella todo debe subordinarse al camino más corto.

La alcantarilla ha tomado hoy cierto aspecto oficial. La policía, en sus infor-

mes, cuando tiene que ocuparse de ella nunca la falta al respeto. Las palabras que la caracterizan en el lenguaje administrativo son dignas y elevadas. Lo que antes se llamaba tripa hoy se llama galería; lo que antes se llamaba agujero hoy se llama atabe. Villon no conocería ya la antigua morada que en sus apuros le servía de refugio. Esas redes subterráneas siguen teniendo su inmemorial población de roedores, más bullidora que nunca; de vez en cuando un raton viejo asoma la cabeza por la alcantarilla y examina á los parisienses, pero hasta esa inmundicia se domestica y está satisfecha de su palacio subterráneo. La cloaca ya no conserva su ferocidad primitiva.

La lluvia que ensuciaba el albañal antiguo lava el moderno.

Sin embargo, no hay que fiarse mucho de él, porque los mismos miasmas le habitan todavía; más es hipócrita que irrepreensible.

Por más que se empeñe la Prefectura de Policía y la Junta de Sanidad, y á pesar de los procedimientos empleados, exhala siempre cierto olorillo vago y sospechoso, como Tartuffe despues de la confesion.

Preciso es convenir, esto no obstante, en que como la limpieza es homenaje que el albañal tributa á la civilizaci6n, y bajo este punto de vista la conciencia de Tartuffe es un progreso si se compara con el establo de Augias, la alcantarilla de Paris ha mejorado.

Es más que un progreso; es una transformaci6n. Media una revoluci6n entre la antigua y la moderna alcantarilla.

Quién la hizo? El hombre que todos han olvidado y que acabamos de citar: Bruneseau.

VI.

Progreso futuro.

La construcción del alcantarillado de Paris no es una obra insignificante. Los últimos diez siglos han trabajado en ella sin poder terminarla, como tampoco han podido terminar á Paris.

La alcantarilla sigue paso á paso el desarrollo de la gran ciudad. Es, en la tierra, una especie de pólipo tenebroso de mil arterias, que crece debajo al mismo tiempo que la ciudad crece encima. Cada vez que la ciudad abre una nueva calle, el albañal alarga el brazo. La vieja monarquía construyó veintitres mil

trescientos metros de alcantarillado; á esa cantidad llegó Paris el 1.º de Enero de 1806.

Partiendo de esa época, de la que luego nos volveremos á ocupar, la obra ha sido útil y enérgicamente reformada y continuada.

Napoleon construyó cuatro mil ochocientos cuatro metros; Luis XVIII cinco mil cuatrocientos nueve; Carlos X diez mil ochocientos treinta y seis; Luis Felipe ochenta y nueve mil veinte; la República de 1848 veintitres mil trescientos ochenta y uno, y el régimen actual setenta mil quinientos; total hasta el día, doscientos veintiseis mil seiscientos diez metros; esto es, sesenta leguas de alcantarillado.

Resulta, pues, que el laberinto subterráneo de Paris es hoy más que décuplo de lo que era al principio de siglo. Trabajo cuesta figurarse la perseverancia y los esfuerzos que han sido menester para conducir esa cloaca al punto de perfección relativa en que se encuentra ahora. Con impropio trabajo pudieron el viejo prebostazgo monárquico y el corregimiento revolucionario, en los últimos años del siglo diez y ocho, llegar á construir las cinco leguas de albañal que existían antes de 1806.

Obstáculos de todo género embarazaban esa operaci6n; los unos eran propios de la naturaleza del terreno, los otros inherentes á las ocupaciones mismas de la laboriosa población de Paris.

Paris está edificado sobre un terreno extraordinariamente rebelde á la piqueta, á la azada y á todo trabajo humano. Es difícilísimo perforar y penetrar en esa formaci6n geológica, á la que se superpone la maravillosa formaci6n histórica que se llama Paris. En cuanto la mano de obra se empeña y aventura en ese terreno de aluvion, encuentra resistencias subterráneas. Arcillas líquidas, mantiales vivos, duras rocas, légamo blando y profundo. El pico adelanta dificultosamente en las capas calcáreas, que alternan con hilos de greda muy delgados y sedimentos esquistosos á manera de hojas incrustadas de conchas de ostras, contemporáneas de los Océanos preadamitas. Ya encuentran un arroyo que hace reventar de repente una bóveda principiada é inunda á los trabajadores; ya una irrupci6n de marga que se abre camino y se precipita con la furia de una catarata y rompe los más fuertes maderos como si fueran vidrios. Agréguese á todo eso la asfisia que pro-

ducen los miasmas, los derrumbamientos que sepultan á los vivos, los hundimientos y el tífus, del que los trabajadores se impregnan lentamente.

Las alcantarillas de Paris estaban muy lejos de ser en 1832 lo que son en la actualidad. Bruneseau les dió el impulso; pero se necesitaba la venida del cólera para determinar la vasta construcción que despues se ha llevado á cabo.

Sorprende oír decir que en 1821, parte del albañal del centro, llamado el Canal Grande, se corrompia hasta al aire libre en la calle de Calabazas.

En 1823 la ciudad de Paris encontró en sus arcos los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos y seis céntimos que necesitaba para cubrir semejante inmundicia.

Treinta años hace, en la época de la insurrección del 5 y 6 de Junio, estaba aun en muchos parajes la alcantarilla antigua. Gran número de calles, abovedadas hoy, eran entonces zanjas abiertas. Con frecuencia se veían, en el punto donde iban á parar las vertientes de una calle ó de una encrucijada, grandes rejas cuadradas y provistas de gruesos barrotes, cuyo hierro lucía bruñido por las pisadas de la multitud, cuyas rejas eran resbaladizas y peligrosas para las caballerías de los carruajes. La lengua oficial de puentes y caminos daba á esos puntos declives y á esas rejas el expresivo nombre de *rompedizos*.

En 1832, la antigua cloaca gótica aun mostraba cínicamente sus bocas en muchas calles; estas bocas eran enormes aberturas de piedra, que rodeaban guardacantones con impudencia monumental.

Paris, en 1806, casi no tenía mayor número de alcantarillas que el comprobado en Mayo de 1663; cinco mil trescientas veintiocho toesas. Despues de los trabajos de Bruneseau, en 1832 tenía ya cuarenta mil trescientos metros. Desde 1806 hasta 1831 se construyeron anualmente por término medio setecientos cincuenta metros. En los años posteriores ha correspondido á cada uno de ellos de ocho á diez mil metros de galerías. Calculando á doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarilla del Paris actual representan un capital de cincuenta y ocho millones de francos.

Además del progreso económico que al principio hemos indicado, se asocian graves problemas de higiene pública á

la inmensa cuestión del albañal de Paris

Paris está entre dos capas; una de agua y otra de aire. La capa de agua, que se extiende á bastante profundidad, ha sido ya sondeada dos veces y proviene de la capa de asperon verde, situada entre la creta y la calcárea jurásica, que puede representarse por un disco cuyo radio mida veinticinco leguas. Multitud de rios y de riachuelos se rezuman allí. Bebiendo un vaso de agua del pozo de Grevelle, se bebe el agua del Sena, del Marne, del Jonne, del Oise, del Aisne, del Cher, del Vienne y del Loira. La capa del agua es salúfiera; viene primero del cielo y luego de la tierra. La capa de aire es malsana; viene del albañal. Todos los miasmas de la cloaca se mezclan con la respiraci6n de la ciudad; de aquí proviene su mal aliento. El aire que se respira junto á un estercolero está científicamente probado que es más puro que el aire que se respira en Paris. Andando el tiempo, con la ayuda del progreso, cuando se perfeccione el mecanismo y la luz se difunda, se empleará la capa de agua para purificar la capa de aire; esto es, para lavar la alcantarilla.

Por lavar la alcantarilla entendemos restituir el fango á la tierra, el estiércol al suelo y el abono á los campos. De este hecho solo resultará para toda la comunidad social la disminuci6n de la miseria y el aumento de la salud. Hoy por hoy, la irradiaci6n de las enfermedades de Paris se extiende á cincuenta leguas alrededor del Louvre, tomado como centro de ese círculo contagioso.

Puede decirse que desde hace diez siglos la cloaca es la enfermedad de Paris. El albañal es el vicio que la ciudad tiene en su sangre. El instinto popular no se engaña nunca. El oficio de pocero era tan repugnante en otros tiempos para el pueblo como el de descuartizador, que desempeñaba el verdugo. Necesitaba el albañal el incentivo de una gran paga para decidirse á bajar á los fétidos subterráneos; ponían las escaleras de mala gana, y era dicho corriente entonces *que bajar á la alcantarilla era como entrar en la fosa*. Toda clase de leyendas y de tradiciones cubrían de espanto ese vertedero colosal, esa temible sentina, en la que así aparece la huella de las revoluciones del globo como la de las revoluciones de los hombres, y en la que se encuentran vestigios de todos los cataclismos, desde las conchas diluvianas hasta el harapo de Marat,